

**LA ESCRITURA DIALÉCTICA:
ESTUDIOS SOBRE EL DIÁLOGO
RENACENTISTA**

Asunción Rallo Gruss

ÍNDICE

I. A modo de introducción

- I.1. Caracterización genérica del diálogo renacentista 7
I.2. El diálogo como discurso social: entre la sátira y la utopía 17

II. El diálogo, género híbrido

- II.1. Reflexiones sobre la autonomía del diálogo renacentista 45
II.2. Los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luxán:
conformación dramática y engarce temporal 54
II.3. Diálogo y epístola: transformaciones genéricas de los
textos guevarianos en Luxán 78
II.4. La transmigración en la estructura dialogada: *El Cróton*
y las fronteras narrativas del género 100
II.5. Las recurrencias creativas del sueño infernal:
El Cróton y Quevedo 129

III. Los modelos del diálogo

- III.1. El *Norte de los Estados* como diálogo: la catequesis,
función primaria del género 157
III.2. El *Diálogo de Lactancio* y un *arcediano* como proceso
argumentativo: polémica dialógica y retoricismo 179
III.3. El diseño persuasivo de la demostración dialéctica en el
Mercurio y Carón 200
III.4. El diálogo como exégesis en *De los nombres de Cristo* 242

A MODO DE INTRODUCCION

I.1. CARACTERIZACIÓN GENÉRICA DEL DIÁLOGO RENACENTISTA

Las obras en prosa escritas en los siglos XVI y XVII oscilan, en cuanto a su conformación genérica, entre las todavía vigentes reglas y clasificaciones de la retórica medieval, y las nuevas formas derivadas de una reinterpretación de la retórica clásica así como de la imitación de modelos de la antigüedad, aunque éstos no hubieran sido codificados por Cicerón o Quintiliano.

Así conviven, junto a obras que continúan con la forma del tratado medieval, especialmente en la primera mitad del siglo XVI, cuya característica fundamental es la de funcionar como glosa o compendio, los nuevos géneros propuestos (y definidores) del humanismo: la epístola y el diálogo. Creados uno y otro en el cauce de autores griegos y latinos significan dos principios que sostienen la práctica humanista: la comunicación abierta y extensa de conocimientos, es decir, la manifestación de un proceso dialéctico como base del aprendizaje y de la difusión de su saber; la personalización de la materia de tal modo que ésta interesa más por la perspectiva asumida del autor que la transmite que por el propio contenido.

De ahí que el diálogo encuentre tanta acogida y sea el género con mayor número de autores y obras, porque representa la comunicación *in fieri*, y permite adoptar unas diferentes perspectivas y enjuiciamientos atribuidos a cada uno de los personajes dialogantes. La epístola potencia más, en el camino hacia el ensayo, la personalización en el entramado de un emisor y un receptor que se conocen y que generan un contexto comunicativo simultáneamente libre (pues se puede reivindicar lo subjetivo) y comprometido (pues el receptor determina el modo, el tono, e incluso la materia).

Pero, además, y en parte debido al fenómeno de la imprenta, la prosa alcanza un significado didáctico y divulgativo, ya que puede llegar a un amplio público; surge así para cumplir con esta coyuntura la miscelánea, género propiamente renacentista bajo sus formas de «silvas», «jardines» o «guías» de lectura, que van de la recuperación de las historias, saberes y costumbres de la antigüedad, a recolecciones sobre fenómenos maravillosos y extraños, a guías de espiritualidad que, partiendo de la muestra de lo terrenal, elevan hacia el conocimiento del Creador. Constituyen recolecciones para un lector no profesional de las letras, pero realizadas por un autor que asume la responsabilidad de elección de temas, el desarrollo, la mezcla y en definitiva la finalidad.

De acuerdo con ello, y al margen del posible análisis retórico-genérico de una obra, se deben tener presentes los siguientes componentes que posibilitan el estudio de la prosa del Siglo de Oro como prosa moderna, es decir, ensayística, incluso antes de que Montaigne le pusiera nombre al género:

1. Presencia del autor en el texto. Es necesario fijar cómo funciona el autor, bien bajo la forma de emisor manifiesto (epístola), bien desdoblado o encarnado en un personaje que dirige (diálogo), bien personalizando la materia al enjuiciarla, dividirla y ordenarla (miscelánea).

2. La transformación de la materia ya dada que el autor acopla a sí mismo y a la intencionalidad del discurso.

- Elección de determinados datos, anécdotas o pasajes con una finalidad única (explícita o no) atendiendo al autor o al lector.
- Citas y usos de otros textos en la dialéctica de «antiguos/modernos». Todo ello relacionable con las implicaciones de la dinámica «veracidad/personalización» que atañe a dos componentes básicos: «sabiduría por erudición/sabiduría por experiencia».

3. Condicionamientos del receptor. Implica una prosa divulgativa, que a veces llega al matiz didáctico, pensada para un público determinado que se conoce, y para el cual se adecua el discurso, cuya finalidad principal es la incidencia en determinado sector social.

La prosa del siglo XVI tiene en el diálogo el género más característico. Su amplitud formal, de herencia clásica y significado humanista,

lo convierte en el cauce ideal para la especulación de las más variadas materias, así como, por sus componentes didácticos, en el más adecuado para la comunicación formativa.

Las características del diálogo renacentista vienen definidas, en gran manera, por su constitución como lugar de cruce de otros géneros cuya conjunción lo genera: el drama y el tratado, que, a su vez, le hacen, en el camino del ensayo, participar del elemento fictivo de la literatura simultáneamente que del especulativo de la filosofía; reflexión *in fieri* y en voz alta, compartida entre varios personajes que son sujetos y objetos, actores y espectadores.

Como señala L. Romero, el diálogo era visto en su momento de realización como forma coincidente con «el tratado didáctico o el teatro, por una parte, y la epístola y el género oratorio, por otra»¹. En cuanto drama, el diálogo adquiere un «valor de testimonio del comportamiento humano, de cultura civil que escenifica la palabra del hombre en convivencia y participación ciudadana»², lo cual implica una vinculación con la epístola en cuanto que existe como ella gracias a la comunicación sostenida por la vida social participativa, y sobre todo como un intento de mimetizar (aparentar) el mismo hecho comunicativo. La dramatización manifiesta en el diálogo viene a ser soporte de la realidad, cauce espacio-temporal para el desarrollo de un pensamiento transmitido a manera de coloquio. En muchos diálogos insisten los autores que sus textos no son sino transposiciones de conversaciones reales, y que ellos las transcriben o dan forma (J. de Valdés, Fray Luis de León, C. de Villalón, etc.); por ejemplo:

«Éste es el trasunto de un diálogo que pasó entre un grande de este reino de Castilla, estando con el frío de la cuartana, y el doctor Villalobos que estaba allí con él, en presencia de sus hijos y de la noble juventud de su casa» (*Diálogos* del Dr. Villalobos).

Y quizá la pretensión dramática no se explique por la busca de verosimilitud, ni por la propuesta literaria de encontrar un espacio-tiempo en el límite de la interrelación realidad /apariencia (como ocurre en *El Cróton* y luego en el *Coloquio de los perros* de Cervantes), ya que

1. Cf. «El arte del diálogo en los *Coloquios satíricos* de A. de Torquemada», en *Edad de Oro* III, Madrid, Universidad Autónoma, 1984, pág. 241
2. Como afirma A. Prieto en *La prosa española en el siglo XVI*, Madrid, Cátedra, 1986, pág. 109.